

# EL TELÉFONO MÓVIL CORPORATIVO

(O CÓMO UN ARTILUGIO PUEDE  
CONVERTIRSE EN UNA PESADILLA)

José Ramón ALEMANY MÁRQUEZ



## Introito



EBO empezar diciendo que uno ya es mayor, aunque no tanto como otros, y que hace mucho tiempo dejó de ser un hermoso niño; además, en ese mismo y preciso orden. Con esto quiero decir que pertenezco a una generación a caballo entre la barra de hielo para conservar los alimentos, la carne de membrillo, las algarrobas degustadas a copa de árbol... y el frigorífico combi con filtro antibacterias, la leche con Omega 3 o la bajada de películas de Internet.

A los de mi generación ciertos avances tecnológicos nos cogen ya con el arroz un poco pasado, digerimos mal ciertas urgencias de la vida moderna y carecemos de la flexibilidad mental suficiente para asimilar los devaneos del lenguaje, y se nos hace muy cuesta arriba dar como bueno que determinadas prácticas sean tan sólo «sexo asimétrico».

El tema que voy a tratar me recuerda cuando, siendo un feliz y pudiente teniente de navío embarcado, la comedilla de la Cámara de Oficiales era que cierto jefe de escuadrilla se «mazaba» a vídeos así que salíamos a la mar. Había oficiales que no entendían tamaña fijación. Pero si se para uno a pensar un momento se da cuenta de que para un señor que había nacido con la radio de galena y que había pateado y gritado en el cine cuando la película se cortaba o se quemaba, el hecho de darle a un botón y ver una película cuantas veces quisiera, parándola y dándole adelante y atrás, era todo una experiencia.

Aunque se diga que a todo se acostumbra uno y que a todo nos adaptamos, no es totalmente cierto, sobre todo cuando atraviesas el umbral de los cincuenta y comienzas la regresión hacia la infancia. A partir de ahí tus parámetros de comparación también se retrotraen y juzgas las cosas de acuerdo y en contraste con lo que conociste en tu niñez, que para eso, salvo casos aislados, es la época más feliz de nuestra existencia.

Valga este pequeño «peñazo» para colocarnos en situación y poder abordar el tema que nos ocupa con los ojos de éste que escribe y no con los de un chaval de 30 años. Aquí pido disculpas porque seguramente los jóvenes que tengan la mala suerte de leer estas líneas no se sentirán identificados con el problema o bien nieguen la mayor y no vean problema alguno.

## Antecedentes

Desde hace unos años, a los que tenemos alguna responsabilidad o a los que los jefes nos quieren tener atados por corto —generalmente ambas especies coinciden— la Armada nos entrega un teléfono móvil, al que han bautizado con el apelativo, más bien cursi, de corporativo. Son de última generación, con *bluetooth*, SMS, MMS, cámara de fotos y vídeo, GPRS, EDGE, USB, conexión a Internet, UMTS, dispositivo GSM y hasta sistema de chafaldete asíncrono, cuando todos sabemos que con tener la opción de recibir o hacer llamadas, SMS y, en todo caso, la opción de bulárcama imbricada, a ser posible dextrógira, sería suficiente. Total, un teléfono que vale una pasta, pesa un quintal, que no hay manera de que el dedo te quepa en la tecla, y con una guía del usuario que parece la *Enciclopedia Británica*, «toita» llena de siglas.

En teoría, su finalidad es poder localizar al usuario cuando se desplaza de su lugar de trabajo en horario laboral, o para contactar con él fuera de lugar o de horario, para un asunto que requiera una acción pronta o se trate de un tema urgente que deba conocer y no admita demora. Pero claro, una cosa es la orgánica y otra la realidad, y en la Armada casi siempre son divergentes. Para entrar en faena voy a narrar algunos casos reales vividos en primera persona que creo ayudarán a centrar el tema para, después de unas breves consideraciones, llegar a unas conclusiones con las que algunos, como es lógico, no estarán de acuerdo.

## Escena primera

Un precioso día de mayo en Cartagena, Arsenal. Cierta capitán de fragata, ayudante mayor, calvo, hipertenso y entradito en carnes, en su despacho, sentado en su sillón desde las 0730 (faltaría más) hablando por teléfono sobre cómo embutir a diez barcos de las TAPÓN, que suman «sienes y sienes» de kilómetros de eslora, en unos centenares de metros de muelle. En lo más álgido de la conversación empieza a sonar el móvil en el que, para más *inri*, tiene puesto como timbre de llamada el rugido de un felino, que en mala hora le dijo a su hijo que le pusiera un timbre «chulé». Al cuarto rugido contesta al móvil y tiene lugar la siguiente conversación a dos bandas u orejas:

- Sí, diga.  
 —¿Cómo dices?  
 —Hola, soy fulano, te llamo por el móvil porque estás comunicando.  
 —Mira, el *Castilla* no puede ir al muelle de cruceros.  
 —Pues mira, lo mismo es porque estoy hablando por teléfono.  
 —Siempre cabe la opción de abarloar al turco y al griego, pero seguro que la lían.  
 —¡Ah!, pues lo mismo es por eso, pero es que necesito que me digas si tienes libre al pintor para hacer unos retoques.  
 —Ahora no tengo al pintor disponible.  
 —¿Qué dices? Que yo sepa ningún barco ha solicitado pintor.

Ante el diálogo de besugos y antes de que empiece a temblarme el párpado y la escena se convierta en un remedo de las empanadillas de Móstoles, cuelgo ambos teléfonos y me voy a tomar un café.

### Escena segunda

Seguimos en Cartagena. Viernes noche, sobre la hora en que el músculo duerme y la ambición descansa, sobre todo si la cama es cómoda, como era el caso. Rugido de leopardo de nuevo (tengo que hablar seriamente con mi hijo). Sobresalto, horror y pavor de guardia, alarma en el hipermercado, algo gordo pasa, espero que no sea un incendio.

- Sí, diga.  
 —Perdone, comandante, por la hora, pero es que no se ha recibido la contestación al mensaje que se remitió sobre los cursos monográficos.  
 —¿Y para eso me llama usted a esta hora?  
 —Es que estoy de servicio y estaba repasando las unidades que faltan por contestar.  
 —Ya, y no tenía otra cosa que hacer que llamar a esta hora y despertarme para un asunto burocrático que no tiene urgencia alguna. Pues buenas noches y buen servicio.

En realidad, ni le deseé buenas noches ni buen servicio; de hecho, todo el último párrafo es falso, pero por motivos de extensión y decoro no puedo exponer lo acaecido en toda su crudeza.

### Escena tercera

Domingo por la mañana, sobre las 0930, Almería, *Molly Malone*. Nada que ver a esa hora con el *Molly Malone* del sábado a las 0230 lleno de mujeres,

todas hermosas. Terraza, buena temperatura. El capitán de fragata de la escena anterior, que por asuntos del BOD ya es capitán de navío, relajado, hojeando la prensa, espera el café con leche y la media tostada con aceite, que piensa espolvorear con azúcar (1). No ha dado el primer bocado cuando, toque de atención y llamada general. Véase la mutación del rugido de leopardo por un sonido mucho más marcial. Lo dicho, la regresión, en este caso a la Escuela Naval Militar.

—Sí, comandante naval, dígame.

—Mire usted, soy el suboficial de guardia de comunicaciones del EM del AMARDIZ y quería hablar con el suboficial de guardia.

—Pues éste no es el número del suboficial de guardia. Soy el comandante.

—Ya, bueno, pues bien, le llamo desde comunicaciones del EM del AMARDIZ y esta mañana al entrar de guardia y comprobar la lista de tráfico de mensajes me falta el QSL de tres mensajes enviados a la Comandancia de Almería.

—¿Y...? (2).

### Escena cuarta

Elija, querido lector, el día que quiera. Gran superficie, sobre las 2030 horas. Atado al duro carro y revisando todas las etiquetas de las galletas, para ver cuáles llevan menos grasas y, dentro del grupo de los lípidos, qué cantidades son saturadas, insaturadas, hidrogenadas, polisaturadas, irreverentes, pinniformes o fosfolípidos terminales. Un suave sopor te va invadiendo, pues al fin y al cabo sabes de antemano que después de un *coke storming* y un laborioso proceso de la decisión, vas a elegir las de siempre. Atención general, comienzo de marcha de infantes. Respingo y resignación.

—Sí, dígame.

—Hola Pepe, soy (el jefe, naturalmente), ¿donde estás?

—En el híper haciendo la compra.

—Mira, perdona que te llame a estas horas. No es nada importante, pero antes que se me olvide...

—Pues si no es nada importante, ¿para qué me llamas a estas horas? (sólo pensamiento).

---

(1) Costumbre andaluza poco comprendida y mal vista en Cartagena, donde al «aseite» sólo se le puede acompañar con «sá».

(2) Esta escena se repitió en dos ocasiones distintas, ambas en domingo.

## Consideraciones

Las escenas anteriores, todas ciertas como la vida misma, son tan sólo la punta del iceberg, y sin duda los que hayan conseguido llegar a leer hasta aquí conocerán muchas más. Son un pequeño ejemplo de cómo el uso del corporativo ha ido derivando hacia un uso abusivo y carente de toda lógica. La primera escena se puede calificar como abuso del «llamador compulsivo» o «incontinente telemático», que es aquel que en cualquier ocasión, y bajo el pretexto más nimio, quiere a toda costa establecer enlace telefónico sin importarle el grado de ocupación del destinatario. Normalmente, y en primer lugar, intenta establecer contacto con medios más clásicos, como el teléfono fijo; pero si le da comunicando, rápidamente pasa al móvil, que para eso está.

La segunda escena corresponde al llamador *a inda que fora un pelouro*, al que le da igual la hora, la oportunidad, el tema o la emergencia de la llamada. Aprovecha cualquier momento del día o de la noche para llamar, sin tener en cuenta la oportunidad de la llamada o la disponibilidad del destinatario. En este caso patológico se tiene la casi certeza que el llamador no es consciente de lo que hace, debido a una deformación psíquico-tecnológica, también conocida como síndrome de «se la trae al paio», término marinero muy utilizado, cuyo uso se generalizó durante las campañas de Caraballo, Balanguin-gui y Joló (1847-1851).

El tercer ejemplo es una variedad del anterior conocida como «alprimero-quepille», donde prima más la urgencia de transmitir el mensaje que el destinatario. A la oportunidad o destinatario del mensaje no le da ninguna importancia... él ya lo ha largado. Se asemeja mucho al mensaje-embolao del viernes a las 1430, en el que se ruega contestación antes de las 1100 del sábado.

Y por último, al llamador de la cuarta escena o «pasadordepatatacaliente» lo podemos considerar como el menos malicioso de todos. Normalmente es una persona que se conoce perfectamente y es consciente de que ya le flaquea la memoria. Cuando le llega un *flash* sobre algún asunto determinado, y antes de que se le pueda olvidar, llama al interesado y le pasa la patata. Si el destinatario, que normalmente tiene la cabeza en otros asuntos, se olvida del mensaje, es cosa suya.

## Conclusiones

A la vista de lo anteriormente perpetrado, podemos llegar fácilmente a la conclusión de que algo huele a podrido en Dinamarca, o bien que el uso del móvil ha ido derivando hacia el abuso. No se entiende cómo hace unos años, antes de su generalización, podíamos hacer nuestro trabajo y, en las más de las ocasiones, sin demoras notables.

Cierto es que antes se disponía de más personal a pie del cañón —o sea, de guardia—, en la mayoría de los casos de telefonistas cualificados, y ahora en cambio ya no hace falta ese dispendio de personal, porque sencillamente al que tenemos de guardia es al jefe, durante las veinticuatro horas los trescientos sesenta y cinco días al año.

No quiero decir que el invento no sea útil, que lo es (3), pero sí que su función y su uso deben mantenerse dentro del sentido común y de la moderación. No se debe convertir en un instrumento de acoso y derribo, o en algo pérfido que lo único que consigue es incrementar notablemente el número de miembros de la Armada con problemas de subida de tensión arterial.

Para evitar los daños colaterales de su abuso sería conveniente crear y generalizar un sencillo código ético, que más o menos podría quedar plasmado en estos principios a tener en cuenta antes de efectuar una llamada por el móvil:

- Compruebe que el número de teléfono que tiene es el de la persona a la que quiere llamar. Dicho así parece una tontada, pero no es de recibo marcar el número personal del AJEMA y preguntar «¿Es el Cuartel General de la Armada?; quería hablar con Caraballo Balanguingui».
- Haga mentalmente una sincronización de relojes y compruebe si está dentro del horario laboral o no, sobre todo del destinatario. Las distintas retribuciones en complementos han diversificado los husos y costumbres horarios.
- Antes de convertirse en un llamador compulsivo haga un esfuerzo de imaginación y efectúe una estimación de si la llamada será efectiva y si el destinatario estará en disposición de facilitar la información deseada. Normalmente en casa o en la «Mallorquina» no se tiene a mano el último *Optask Link*.
- Haga un estudio exhaustivo de la urgencia de la llamada. Todos tenemos derecho a descansar y, sobre todo, a desconectar de la actividad diaria. Debe evitarse a toda costa una llamada que se resuma en «mañana hablamos».

Como verán, son cuatro simples reglas, y sinceramente creo que si todos las llevásemos a la práctica, nuestra calidad de vida, al igual que el nivel de adiestramiento, se incrementaría notablemente y conseguiríamos que cuando realmente fuese necesario establecer contacto no pasase como en aquel sórdido y turbio asunto del lobo, y se oiga «el teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura».

---

(3) La mayor utilidad que le he encontrado es poder ir al Corte Inglés con tu mujer, recorrer plantas distintas y evitar situaciones engorrosas, sobre cómo me queda esta falda. Cuando acabas, la llamas con el móvil y te citas con ella, siempre en la planta joven... por supuesto.



# HISTORIAS DE LA MAR

## CARGA PELIGROSA

Luis JAR TORRE



(RNA)



UCHOS lectores conocerán el litigio que ha enfrentado a nuestro Gobierno con la principal sociedad clasificadora norteamericana a cuenta de la factura del *Prestige*. Todos recordamos la indeseable naturaleza de su carga, nuestra negativa a acogerlo en puerto y la supuesta orden de enviarlo literalmente al «quinto pino», por lo que, hasta cierto punto, era previsible que su clasificadora intentara achacar el desaguisado a nuestra gestión. Con todo, no pude evitar una sonrisa ante el hecho de que fueran precisamente norteamericanos quienes afearan a nuestro Gobierno utilizar una «estrategia», que yo sabía inventada por ellos ciento treinta y nueve años antes, a cuenta de otro buque también enviado al «quinto pino» con una carga «indeseable» y al que,